

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

FEBRERO-MARZO
2025

EJEMPLAR GRATUITO



No. 54

P U N T O
PILATES

AMORES 949,
BENITO JUAREZ,
03100, CDMX

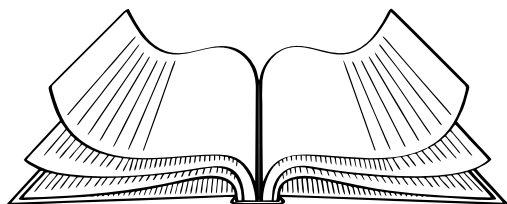
PILATES

NUEVO ESTUDION



Síguenos y
reserva tu clase





PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

No. 54

www.porescrito.org

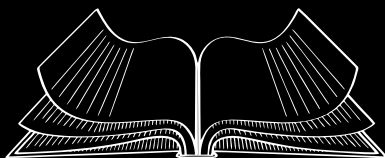




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

<i>La nube negra</i> Daniela Tapia Vázquez	7
<i>Bajo el signo de Ankh</i> Noemi Sastre	8
<i>Occisa Prímula</i> Alejandro Avila	9
<i>Algunas Veces</i> Viktor Olvera	10
<i>Nocturno para Elisa</i> Nilo Nilo	12
<i>Por espina de rosa es la herida</i> Juan Miguel Bermúdez Ochoa	13
<i>Ecós en el barrio</i> Manuel Jorge Carreón Perea	14
<i>te veo.</i> Salvador Galván	15

FIRMAS

<i>Quisiera</i> Cecilia Durán Mena	17
<i>A propósito del Primero sueño</i> Fernando Montoya	20
<i>El señor nos mira</i> Andrea Fischer	24
<i>Lo que guardan las mujeres</i> Susana Corcuera	28

IMAGINARIO

<i>Fémina de Leteo</i> Gilberto Bustos A	32
<i>Estaba rodeada de peces</i> Irina Tall	33
<i>Paisaje 12</i> DM Sandoval	34

<i>Paisaje 13</i>	
DM Sandoval	34
<i>Escondo mis manos detrás de plumas</i>	
Irina Tall.....	34
<i>Sin título</i>	
Stef Gy	35
<i>Sin título</i>	
Cecilia Durán	36
<i>Hola</i>	
Ignacio Navarro	36
<i>Parque Urbano de Albarquel y cabeza en la pelota</i>	
Carlos Henrique Batista da Costa	37
<i>EVØ,</i>	
Alejandro Avila.....	37

VOCES

<i>Shibari</i>	
Berenice Monsiváis.....	39
<i>Se busca mujer de ojos con luz amarilla</i>	
Camila Ortiz.....	44
<i>El puma mató a Teodorica Medel</i>	
Simona Galdina.....	47
<i>El retrato de la abuela</i>	
Fidel Cantú Quintanilla.....	48
<i>Y si me toca, que no me empujen</i>	
Itzayana San Germán Ceceña	51
<i>El sonido que no llega</i>	
Mariana Torres Lomelí	53
<i>Ecos de Fractales</i>	
Mónica Iglesias	55
<i>Así tenía que ser</i>	
Nancy Verver.....	59

Hablando por escrito

Somos burbujas repletas del aroma personal de nuestras vidas. Somos el dolor áspero de los hombros quemados por el sol, de las rodillas despellejadas, de los codos raspados y de los pies agrietados por tanto caminar. Somos, también esos sabores a canela y piloncillo o esos sonidos que emite un piano desafinado, una guitarra sin cuerdas, una flauta de pan. En fin, somos quienes se aferran al manubrio con la ilusión de mantener el equilibrio sobre las dos ruedas que mueven nuestras vidas.

Queremos que el entusiasmo nos brote ante cualquier pretexto, por eso escribimos. Cualquier trama es buena, lo mismo una guerra de insectos, una casa de muñecas, un juego de té, alguien que intenta una y otra vez, que una piedra rebote sobre el infinito que forma la superficie del agua de un riachuelo. No importa, cualquier tema es bueno, cualquier trama es válida. La voz es nuestra pesquisa.

Buscamos todas las historias y estamos dispuestos a creer en todas: aparecidos, fantasmas, brujas, seres de otro mundo, personajes con escamas de pescado, madres que usan camisetas chorreadas de chocolate, padres asqueados por el color del helado de pistache, hijas que aman a sus madres, hijos que entienden a sus padres, o no. Lo irreal no es irreal sino asombroso. Lo importante es que tú nos las creas.

En *Pretextos Literarios Por Escrito* buscamos, tal vez con cierta insolencia, reflejar esas emociones regentes de los que escribimos y pasárselas a nuestros lectores. Reflejar miedos primales de los que en realidad gozamos: qué fuerte sería que hubiera un monstruo debajo de la cama o que un animal sigiloso se deslizara por la parte interior de las paredes del cuarto o que se nos aparezca una bruja o la mismísima princesa del cuento, o que nos topemos con esa presencia que se esconde en el clóset. Adoramos a diferentes criaturas con la fe y con la pasión de los creyentes. Tenemos fe en las letras.

Queremos encender un fuego con dos palos, a cavar un pozo profundo, mirar las estrellas y ponerles nombre; captar la atención e inventar un conjuro del que, a veces, ni siquiera somos protagonistas. Robamos sensaciones y las escribimos. Nada grave, pero a veces todo es gravísimo. Es gravísimo porque inventamos mentiras elaboradas para captar a nuestro lector y llevarlo a castigos imaginarios. Imaginarios sí, que reflejan verdades dolorosas. También, gozosas.

Hay ocasiones que nos sentamos a escribir y dejamos que sean las musas las que nos dicten, que los personajes nos dirijan y que la pluma sea la que se dirija a dónde le dé la gana. Otras, escribimos con intención. Ese es el caso de este número: pensar en las mujeres.

Quisiéramos que, al reflexionar en lo femenino, lográramos olisquear los vestidos de las abuelas, robar los zapatos de tacón alto de las tías, usar el pintalabios de las primas grandes, animar los proyectos de las madres trabajadoras, entender los anhelos de las migrantes, creernos las mentiras piadosas de las amigas. En este número, conmemoramos y rendimos tributo a lo femenino.

Rendirle tributo a quienes decidieron rendirse cada día ante el mandato de otros y reponerse como gladiadoras, a las que triunfaron, solo a veces, a las que han aprendido. También a todas aquellas mujeres que consuelan, que sanan, que apoyan y que casi nadie ve y muy pocos notan. Desde luego, es necesario aplaudirle a todas las que han fracasado, sí. Significa que lo intentaron, pero no lo lograron. Aunque, sobre todo, este número está para solidarizarnos ante el dolor de las que no pudieron alzar la voz, que no tuvieron oportunidad de defenderse, a las que no fueron dotadas de la fuerza para levantar el puño. Sí, también es por ellas. Sentir nostalgia por todas las que nos faltan. Encender una llama más del inmenso ardor por todas ellas, por todas nosotras.

Con ustedes y para ustedes, dedicamos este número. Queremos que leas, que te quedes aquí, atrapado, y que nunca, nunca te quieras ir.

La editora general.

La nube negra

Daniela Tapia Vázquez

Ahí estabas de nuevo, mirándome de frente como la primera vez que supe de ti; y no, no hablo de mi primer amor, hablo de ella, la que trae consigo una nube negra y un mar de transitoria soledad.

Aquella que me mostró que puede quitarme todo en menos de un segundo.

Parece que fue ayer cuando por primera vez te empecé a dar un lugar en mi vida, pero no por gusto; parece que fue ayer cuando tuve que aprender a nombrarte después de que casi me quitarás lo que más amo en la vida; parecía una pesadilla, el llanto de aquella niña, que de un día a otro, dejó de creer en la fantasía... para aprender lo que en realidad es la vida.

Te hiciste presente para recordarme que yo no tengo el control, ni de mi propia vida, para mostrarme que solo estaré aquí una vez, y no hay vuelta atrás, te encargaste de que aprendiera a vivir, sabiendo que en cualquier momento podías regresar, pero preferí olvidar y volver a vivir.

Decidiste regresar a visitarme, pero sin causar un daño, parecía solo un recordatorio, me viste a los ojos nuevamente, pero esta vez ya no era una niña, era una mujer, y tú, tú seguías siendo aquella nube negra que sin rostro infundía temor. Esta vez me diste una lección aún más grande, que fue “llena de humildad tu corazón, ama a quienes están en tu vida y disfruta de ella, no olvides que el tiempo en esta tierra, es más corto del que pareciera”.



Isabela Encinas

Bajo el signo de Ankh

Noemi Sastre

Hoy quiero *arrumar*¹ ese rincón donde
las cerezas consuelan mis noches desiertas.
Aquel recodo de afectos en el que,
a falta de sueños,
los anhelos se antojan como Ítaca enverdecida.
Quiero huir hacia la luz
de aquel vívido recuerdo de sol radiante;
desinhibir cualquier inclinación vacilante
en el impulso
de ir construyendo con tus silencios
un campo fértil para mi floración.
Mil noches de insomnio sediento
y una en la que alcé la voz: NO.
Ni el corsé de otros tiempos,
ni la ira incendiaria de días recientes.
No quiero que esos labios sean los que develen
las aspiraciones de mi corazón:
Cobre eterno de libre vuelo.
¡Dejadme ser,
sin cláusulas de renuncia,
ni juicios de valor!



Ivonne González

¹ Una de las acepciones del verbo *arrumar* en portugués significa adecantar, organizar, ordenar, y es la que se emplea al propósito de estos versos.

Occisa Prímula

Alejandro Avila

En una montaña, en su cima,
una bella y roja prímula había,
puesta ahí, desde hacía tiempo,
por una ajena mente
que desde siempre
se había mostrado indiferente;
alguien la perseguía,
añorando obtener de ella
algo que lo que era
no sabía.

Iba y venía y venía e iba,
sin percatarse de que al seguirla
la montaña bajaba y subía,
y para cuando dejó de perseguirla,
pobra de la occisa prímula:
aplastada, pisoteada, asesinada;
ya marchita,
despojada del poco espacio que
en la cima de la montaña
poseía.



Mónica Oltra

Algunas Veces

Viktor Olvera

Quizás me nombré incontables veces
cuando algunas de esas veces que te buscaba
entre ropas y cajones y desvelos de colores,
que no distan unos de otros
en su suerte, en su arte y peligrosidad;
y lo que en realidad buscaba era dónde escurrirme,
dónde no morirme
dónde vandalizar con pinturas mías
dónde lamer muy heridas mías
dónde predecir para comprender(me)
más dónde comenzar y dónde aprender
a lustrar e ilustrar y socavar en la imaginación
toda esta ansia mía de ti y de mí y de ti

Quizás me buscaba cuando te nombraba en formas poco dignas
cuando te hallaba en mi intestino y eras tú quien me nombraba
cuando te llamaba y me versabas
y era tu palabra la que hallaba,
o quizás no encontraba nada
y tú sólo me leías y yo sólo hablaba y te abrazaba





Quizás era yo el fantasma en las noches de abril y junio
 o debí haberlo sido cuando tú dudabas
 y no sólo al hurgar las horas y segundos
 y debí haberme dado entero y no a pedazos
 y debí haberlo oído todo pero no lo hice
 y debía y bebía y seguía
 y no lo hacía,
 hasta que lo hice
 y corté raíces y
 aprendí a silenciar(me) y por fin lo hice
 y lo hice sin querer pero queriendo
 y te llamé y me rendí
 y te escuché y te sentí y preferí
 dejarte buscar y hacerte venir
 hasta que llegaste y te seguí y seguí y seguí
 y sigo aquí y sigo a ti y a mí llamando(te) y amando(te) sigo..

O al fin me percaté
 y te buscaba y te encontraba y te nombraba y tú no estabas,
 sólo estaba tu sombra que era la mía
 sólo estaba tu silencio que era un eco de mí,
 solo estaba y sola estabas
 y nos mamaba desolarnos tanto
 algunas veces
 y *des*nombrarnos

Juan Pablo Mena

Nocturno para Elisa

Nilo Nilo

Te veo, parpadeo y a mirarme vuelvo en la midriasis de tus ojos,
me doy cuenta entonces, en esta fría e insomne noche,
de que tu alma es mi frazada y nuestra almohada el presente momento.

Me acurrucas en tu cuello, pasa un minuto, luego pasan tres
y advertimos la memoria de dos corazones entretnejidos
que lúcidos siempre han estado; como luna en cielo constelado
confidente de nuestro desvelo, expectante a mis anhelos
de seguir admirando tu piel con sus luminarios destellos.

Y al fin vivimos y revivimos por el suspiro de mis palabras guardadas
en la garganta para no perturbar el silencio, advirtiéndonos,
que en esta noche perecedera seguimos despiertos
tú, yo y mi espabilado deseo de quererte a imperativa perpetuidad.

Al dormir te amo y en vigilia adoro; como hice ayer por la mañana,
lo hago hoy de madrugada y haré mi restante vida fraccionada,
para ti, en infinitos instantes de propios pensamientos.



Mónica Oltra

Por espina de rosa es la herida

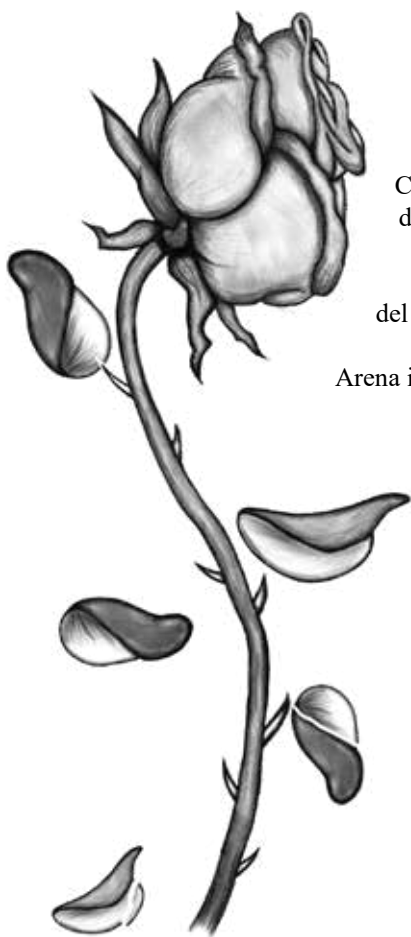
Juan Miguel Bermúdez Ochoa

Siempre pienso en la muerte,
en la mía y de quienes amo.
¿Es el precio que cobra la vida?

¿O es el pesar de volverse inerte?
Si en amar hay dolor encerrado,
por espina de rosa es la herida.

Culpo a su ciclo el pétalo marchito,
de mí roba cada minuto, cada hora.
Es el tiempo, es a quien temo,

del reloj su manecilla termina en filo,
cortando de mí rosa tallo y hojas.
Arena inversa que sepulta mis recuerdos.



Isabela Encinas

Ecos en el barrio

Manuel Jorge Carreón Perea

Las palabras no enmudecen,
se cierran palmo a palmo
en un cuartito de barrio,
miseria.

Intuir la nostalgia
detrás de alas artificiales
que te sostienen.

Lo que nunca existió
se erige en el panteón de la memoria
porque la muerte da lecciones
como gotas chinas que caen
caen
caen.



Ivonne González

te veo.

Salvador Galván

]y no quiero verte pero quiero acercarme a tí quiero acercarme a mí
quiero
]tocarte quiero tocarte quiero llevarte como una gota de rocío sobre la
nuca quiero verte dormir sobre mis costillas
]no sé qué hacer cuando expiras mi nombre las sílabas me recorren la
palma de las manos un temblor besa mi columna
]pero tú pero tú pero tú quiero contarte mi sangre y mis días quiero
que me hables de la esperanza y de cómo sigue siendo septiembre en
tu mano izquierda
]todos los poemas que te he escrito y que nunca te leeré todas las
cartas
]esconde mi vida en tus manos



Ivonne González

Revista *Por escrito* te invita a su
curso de:

APRECIACIÓN LITERARIA



Para más información
escribe a:

CONTACTO@PORESCRITO.COM

Quisiera

Cecilia Durán Mena

A veces, la veo arrodillada, como si tuviera la salud minada a partir de un corazón roto. Sostiene un libro de pastas duras, de cuero color vino. Lo aprieta tanto con las manos que se le notan los nudillos blancos. Mueve los ojos tan despacio que parece que los tiene quietos. La miro y hace parecer que va a sacarle fuego a esas hojas, que sería capaz de despertar a un muerto. Suspira. Parece que estuviera separada del mundo por un muro invisible. Mira al techo, como si las palabras que se acaba de encontrar la llevaran a traspasar las vigas y mirar derecho las estrellas del cielo. Quisiera tener ese poder. No lo tengo.

La miro mucho y ella no se entera. No se entera o no le importa que yo esté ahí sacudiendo el polvo en lo que ella mete las narices entre esas hojas que unas ocasiones le sacan lágrimas y otras la hacen sonreír. Es como si anduviera por caminos invisibles que ahora la asustan, pone los ojos redondos y se le borran los hoyitos de los cachetes. Otras, todo es distinto. Se le ilumina la cara. Pasa las hojas con cuidado, las avanza con los dedos. A veces, está sentada junto a la ventana y al mismo tiempo está en otro lado. Ese lado al que la llevan las palabras. Ese lado en el que las palabras son piedras brillosas y de cristal. Creo que cuando termina de ver cada renglón se le queda escrito en el alma para siempre. Es como si estuviera en dos lados a la vez, como si en vez de silla, estuviera sentada en una montaña de oro dejando que la moje una lluvia de mensajes. Así pasa gran parte del día, así pasan muchos días. Si abres estas pastas, es como si abrieras una ventana. Es como si lograras estar un poquito en el cielo, dice. Quisiera hacer lo de ella. No puedo.

Son muchos libros. Algunos son gordos y otros son flacos. Las más de las veces son gordos, creo que son los que más le gustan. Hay de todos colores. Pero, creo que a todos les tiene ternura. Unos los pone en los estantes, por orden alfabético, dice ella, como si yo supiera lo que eso significa. Otros los deja sobre su escritorio, encima de la mesita de noche, al lado de su cama. Me los encuentro en el desayuno o en la repisa de la entrada. Todos son como enamorados que la esperan. Dice que se reproducen ellos solos. Yo creo que los compra y que gasta una fortuna en libros. Quisiera tener una fortuna. Está claro que no la tengo.

Cuando estoy sola en la casa, aprovecho. Abro alguno de los muchos que sacudo para quitarles el polvo y que me encuentre por toda la casa. Miro las fotografías de los escritores, tan sonrientes, con esas miradas alegres, que contagian a los que los ven y me pregunto qué habrán escrito. Meto la cara entre las hojas, los acaricio con la punta de la nariz y huelo. Los toco por todos lados. Me gusta ver los dibujos. Ahora un colibrí, un lago rodeado de robles, flores de colores: rosas, tulípanes, claveles, caras —unas mejores que otras— y muchos que no tienen más que letras. Esos son los que más me pican la curiosidad. Me gustaría descubrir si todo lo que cuentan es verdadero. No los entiendo. Quisiera poder leerlos. No puedo.

No me importa, los hojeo. Veo un mar de letras, olas y olas de palabras. Son caminos y líneas largas, parejitas casi todas. Me gusta verlas, pero me siento sola. No me acompañan. No me entero si son iguales o diferentes unas de las otras. Cada palabra es para mí como una planta con hojas secas que me hacen sentir el peso de mi derrota. Hay cosas que no se pueden lograr. Yo lo sé. También sé lo que quiero, quiero leer. No sé. Cada renglón es un hilito que ensarta palabras que me encantaría guardar en mi cuerpo. He aprendido a perderles el respeto, qué me importa si no entiendo. Me invento las historias. El del colibrí es la historia de amor de una niña que no le hacen caso; el del lago es de una chica que tuvo que abandonar su pueblo para irse a trabajar a la ciudad, el de las flores de colores se trata de una señora que escribe las cosas que hacen suspirar y pensar en grande. Las que no tienen más que letras me cuestan más trabajo. Imagino que dicen nuevos nombres para las escobas, trapeadores y estropajos. Creo que en unos hay dichos terribles que te llevan a caminos prohibidos. Contarán del padre que olvidó, de la madre que se preocupa, de la hija que se alejó, del hijo que huyó. Los otros son los que abren atajos, me imagino que están llenos de rezos para hablar con Dios. Pienso que esas letras son miradas que me ven cuando todos los demás me ignoran. Quisiera poder verlas también, entenderlas, abrir esas puertas y ventanas de las que habla la señora. No sé cómo hacerlo.

Desde que llegué, los libros se me vienen encima. ¿Cuánto tiempo tendré que esperar para entenderlos? Dice la señora que los libros son como una música que se queda sonando después de la muerte. Quiero escucharlos. Me he llevado algunos, de uno por uno, al cuarto. Me acuno y lo acurruco cuando mi compañera apaga la luz para que no le dé tentación de decirle a la señora que ahí lo tengo. Total, al día siguiente, lo devuelvo a su lugar. Me quedo quieta, devorando poco a

poco su sabor como si me metiera a la boca un puñito de sal. Creo que los libros susurran en voz bajita y solo la señora puede oírlos. Quiero oírlos. No alcanzo a escucharlos.

Agarro ese libro de pastas duras, de cuero color vino. También me arrodillo y lo aprieto tanto que siento es una de esas naranjas gordas y dulces para exprimir el jugo, a ver si logro entender a las palabras. Nada. Tallo las hojas sobre el cuero cabelludo para ver si logro que me entren esas ideas. Nada. Entonces, finjo. Finjo que sí sé. Me río de a mentiritas, suspiro como si fuera de a de veras, me emociono como si todo fuera parte de una ceremonia, me niego a rendirme. Lloro. Pero cuando lloro, sí es en serio. Quisiera saber leer y no sé.



Isabela Encinas

A propósito del Primero sueño

Fernando Montoya

“Siendo de noche me dormí, soñé que de una vez quería comprender todas
las cosas de que el universo se compone,
no pude, ni aun divisas por categorías ni a un solo individuo.
Desengañada, amaneció y desperté.”

Sor Juana Inés de la Cruz

A Ramón Xirau

El intento de querer atraer el pasado, no es más que la insistencia de sorprenderse al interpretar lo sucedido (que ya está perdido), en múltiples formas del lenguaje, deseosas de volver a fascinarnos.

Hoy en día, Sor Juana Inés de la Cruz se presenta como un reto a nuestra capacidad de interpretación y de interrogación. Lo divino y lo humano; lo amoroso y lo trascendente, se manifiestan como tareas, frente a la inquieta palabra, de viajar fugazmente al estadio ideal de la Nueva España.

El papel de la palabra varía en el tiempo según su importancia. Muchas veces son los símbolos los que designan un comportamiento espiritual de la historia; o bien, un motor trascendente que forma y transforma modelos culturales.

La autoridad de la palabra en los tiempos de Sor Juana es de enorme vitalidad, casi hipnótica, pues la ideología allí dominante viste en metáforas y retórica un ritual dinámico de comunicación (pues el barroco y posteriores movimientos culturales, teñían el mundo bajo un modelo literario singular; es decir, la poesía era, por antonomasia, el principal motor de difusión literaria para la comprensión del mundo, de la vida, del hombre y su entorno); logrando que los valores de la realidad emanen con total convicción a través del símbolo escrito. La complejidad del período colonial (en específico, la segunda mitad del siglo XVII, época de Sor Juana), estriba en estos y muy variados factores.

No hay duda que en un poeta el término “viaje” implica la aventura por encontrar el yo, o bien, el anhelo por hallarse con el mejor de los mundos posibles. El viaje implica romper ataduras, emprender viejos y nuevos caminos, toparse con diversos obstáculos, aprender de ellos y asegurar el paso. El *Sueño* de Sor Juana y la obra de Dante, *La Divina*

Comedia, son claros ejemplos de un interés epistemológico personal y a su vez universal, (valiéndose de la filosofía, la literatura clásica, la mitología y la teología) por hallar la verdad.

¿No sería aventurado asemejar el *Sueño* de Sor Juana con lo vivido por Dante en aquellas visitas a diferentes mundos? Dante, en *La Divina Comedia*, veía en Virgilio la guía racional que le hacía mostrar las diferentes naturalezas humanas que habitaban en el Purgatorio, Infierno y Paraíso, con la finalidad de asegurarle el camino al amor, la belleza, la espiritualidad y la fe, representada en la lejana Beatriz. Al contrario de lo logrado por Dante en la cumbre del Paraíso, Sor Juana no logra conseguir su objetivo en el *Sueño* pues, sin valerse más que de las facultades humanas (y no de la fe), descendió como Ícaro a las sombras con las que iniciaba el sueño, para así encontrarse con la luz que marcaba el preámbulo de su despertar.

Existe, por tanto, mucho de Dante en el poema de Sor Juana. Nos topamos con la incestuosa Nictimene quien se ha vuelto lechuza; las hijas de Minias quienes son murciélagos; y Alcione que se volvió un Martín pescador, mientras Acteón acabó siendo un ciervo. Y está Hipócrates, símbolo de la noche; y sin olvidar el águila de Júpiter. Y surge Morfeo, como el sueño más cercano a la muerte, así como el calor humano evocando las fraguas de Vulcano.

Ahora bien, para ser guía del Paraíso en el poema, al retirarse Virgilio, no llega Beatriz con Sor Juana, pero sí Aristóteles. La nave de la mente, zozobrada ante la inmensidad del cosmos, busca alguna manera de navegar en él. Y la prudente reflexión, le enseña a ver todo por partes. Así pues, el lector reconocerá que las imágenes poéticas del Sueño no son precisamente ininterpretables por causa de la vaguedad o indeterminación de sus referentes objetivos, sino, perfectamente definidas en su configuración y referencias culturales.

El *Primero Sueño* es un texto meditado largamente, en el cual Sor Juana se propuso explorar los confines del conocimiento humano, así como de su propio poder intelectual. Aún siguiendo el esquema narrativo de un itinerario estático por el interior del cosmos y del microcosmos, las imágenes contempladas por la mente humana durante el discurso nocturno de su entendimiento no se fundan en imágenes engañosas de un sueño verdaderamente experimentado, sino en el vasto mundo imaginario de la erudición clásica.

Y en efecto, el poema se abre con la avasallante imagen de la noche: la sombra “piramidal” (la que asciende y pretende llegar a las estrellas,

esto es, aquellos montes artificiales que son las pirámides de Egipto como símbolos de la aspiración de la mente humana por alcanzar la esencia del Motor de los motores) y “funesta” que proyecta el espeso cuerpo de la tierra sobre la luna y pretende opacar las más remotas estrellas:

*Piramidal, funesta, de la tierra
Nacida sombra, al Cielo encaminaba
De vanos obeliscos punta altiva,
Escarlar pretendiendo las Estrellas...*

Esa imagen de la noche invasora tiene su modelo emblemático en cuyo cuerpo se representa la esfera terrestre que proyecta su sombra piramidal sobre el cielo nocturno y arriba hasta el cóncavo de la luna, sin poder pasar más adelante, y en otro, donde se representa el globo terráqueo, en uno de cuyos hemisferios, el que se opone a la luz del Sol y envía negrura al firmamento, revolotean lechuzas y murciélagos que Sor Juana hizo aparecer en el pasaje inaugural de su *Sueño*:

*Y en la quietud contenta
De imperio silencioso,
Sumisa sólo a voces consentía
De las nocturnas aves,
Tan obscuras, tan graves,
Que aún el silencio no se interrumpía...*

Aunque en el intento del ascenso, Sor Juana se halla, a través de la conducción hecha por el alma intuitiva, con su fracaso. En la noche, la escalera que la conducirá hacia elementos excelsos, sólo la llevará por un camino erróneo hacia Babel, “blasfema, altiva torre”, y de ahí, al descenso provocado por el orgullo. Ramón Xirau, a esto nos comenta: “La intuición naufraga, pero el conocimiento racional es posible si se sigue el método estrictamente lógico.” Es decir, de una lógica que no pretende alcanzar el conocimiento total del ser.

La noche como figura mítica: lugar cubierto por el velo pesado de incógnitos estadios. Los mitos en el *Sueño* de Sor Juana cobran vida al enunciar el avance de la noche, empleándose en proceso de metamorfosis: de la noche o medianoche, hasta la llegada del alba.

Ramón Xirau, en su obra *Entre la poesía y el conocimiento. Antología*

de ensayos críticos sobre poetas y poesía iberoamericanos.”, obsequia al lector interesado en Sor Juana, una breve guía al *Primero Sueño*. En ella, nos manifiesta el autor 13 partes que comprimen los 975 versos del poema. Sin duda, un recurso de gran auxilio para saber que el tránsito de la sombra no sólo es aquel que da lugar al sueño, sino también al mal; que las estrellas son las estructuras por las que Sor Juana busca llegar; donde las fieras del día, dormidas en el sueño pueden ser contempladas plácidamente; donde el sueño, se apropia de absolutamente todo, incluyendo al ladrón y al amante (ambos generalmente en vigilia) y quienes yacen igualmente dormidos; el sueño en el que el alma, en su aislamiento con el mundo exterior, otorga a los miembros del cuerpo una muerte pasajera y su propia libertad de viaje, volando hacia su propia hermosura, desocultando lo invisible, deseosa de medir el Universo y el movimiento de los astros. En este tránsito, el alma encuentra sus dudas y logra entender su vana pretensión de discurrirlo todo de manera metódica; y así, hasta llegar a la luz de Oriente, cuando derrotada la noche, y con los clarines de guerra de las aves, el alma es atrapada por el cuerpo de nueva cuenta: “el alma de la poetisa, despierta; no sólo al mundo, sino, en verdad, a sí misma.”

“Despierta” nos dice el último verso de *Primero Sueño*. Despertar a los conflictos del corazón y de la razón; despertar, quizás, para liberar al alma de las prisiones a que queda labrada. El *Primero Sueño* es, entonces, un poema mutable, un poema con el tiempo, un escrito que describe el tránsito de la noche al despertar de la aurora.



El señor nos mira

Andrea Fischer

Juan 1:5

I. Vamos con tiempo

Ellos me dijeron que el Señor mueve montañas. Y en ese entonces, les creí. Traigo el recuerdo encima porque ya es marzo. Huele a rocío recién caído. Las cactáceas murmuran y las piedras se retuercen debajo de nuestras pisadas. Hace frío. El polvo nos cubre hasta las rodillas. Todavía no amanece. Estás cansado. Ya son varias horas de cargar las flores para el Santo, pero ya lo sabes: toca venir a verlo para sus fiestas.

Estamos a las afueras de San Miguel todavía. Me cuesta pensar que incluso esta carretera vacía va a estar a reventar en unas horas. Pocos peregrinos encienden el camino, con velas y rezos disipados por el esfuerzo de su andar. El camino del norte es el más tardado. Pero está bien. Vamos a llegar con tiempo. El desierto es largo y las bestias de la mañana ya asechan: coyotes entre los matorrales, zorros en las sombras, garzas trenzadas con la aurora.

Caminar toda la madrugada es parte de la penitencia. La noche anterior, no dormimos nada: teníamos que pararnos a las 2:30 para salir a las 3:00. Decidimos amanecerla. Después de varias horas de caminar, tenemos que detenernos un momento para que te seques el sudor. Veo cómo traes los dedos engarrotados. Las piernas ya te pesan. Y no es para menos, desde Dolores son tres horas caminando. O tres y media, según el paso. Pero se lo prometiste. Le pediste el favor y te lo concedió. Y al Santo hay que pagarle las deudas.

II. No hay nadie

El Señor de la Conquista tiene su capilla en San Miguel de Allende. A él van enfermos, viudas y danzantes que buscan su favor. Lo buscan en el barrio de Las Cuevitas, porque dicen que se apareció ahí hace muchos años. El sacerdote dice que, por lo menos, de eso ya corren cuatro siglos. Alguna vez escuché que lo encontraron ahí, después de una batalla contra los chichimecas. El Santo no tenía un brazo y, cuando intentaron construirle uno, lo rechazó: ninguna pieza le embonaba. Una vez que la matanza terminó, en el campo de batalla encontraron el brazo que le hacía falta. Y ése sí lo recibió.

Las malas lenguas dicen que la sangre que le corre en el rostro es de guerreros chichimecas. “Quienes digan eso son infieles”, me dijiste alguna vez. “Herejes” escupiste. Lo importante, piensas, es que hay que

venir a ver al santo para las fiestas del temporal. Pero lo cierto es que nuestro Señor tiene moretones en los párpados, la mirada pesada y los labios partidos. Me cuesta trabajo mirarlo a los ojos.

El primer viernes de marzo es costumbre hacerle sus fiestas. Es un santo de muchos nombres: Señor de las Batallas, Señor del Temporal, Señor de la Conquista; como se le conozca, es milagroso. Y lo sabemos. Por eso vinimos: le pediste que te aliviara y ahora vienes a pie a agradecerle. Quienes cargan deudas más severas, vienen de rodillas. Cargamos sus ofrendas desde el pueblo para que nuestro Señor vea cuánto fervor le guardamos sus deudores. Que observamos sus fiestas. Que venimos a verlo, como cada año, para mostrarle nuestro respeto.

Nadie más que el párroco puede tocar al Santo. Pero yo he visto que le pide ayuda a los sacristanes para que lo depositen en su litera de oro. Lo sacan del camarín, donde solo están los santos muy santos, y lo transportan con todo el cuidado del mundo hasta afuera. Solo entonces lo pueden sacar a la escalinata principal en el atrio de la Parroquia, para que podamos verlo. Nosotros llegamos de madrugada, para que nos toque un lugar cerca de los escalones. A esa hora, no hay nadie. Pero nuestro Señor ya nos espera.

III. Cuando abriste las montañas

Sabemos que nuestro Señor abre montañas y mueve las tierras. Por eso



Isabela Encinas

también le pedimos un buen temporal. La temporada de siembra no es buena si Él no lo permite. Tiene los ojos entrecerrados y el rostro cubierto en sangre. De las sienes le salen rayos de luz. Seguramente está cansado de la noche anterior, cuando la familia patrona realizó la velación del jueves. Antes de eso, ya se le había hecho un novenario de treinta y tres credos. Aunque la rutina es dura, nuestro Señor la entiende: sabe que todo tiene que estar listo para la misa del día siguiente.

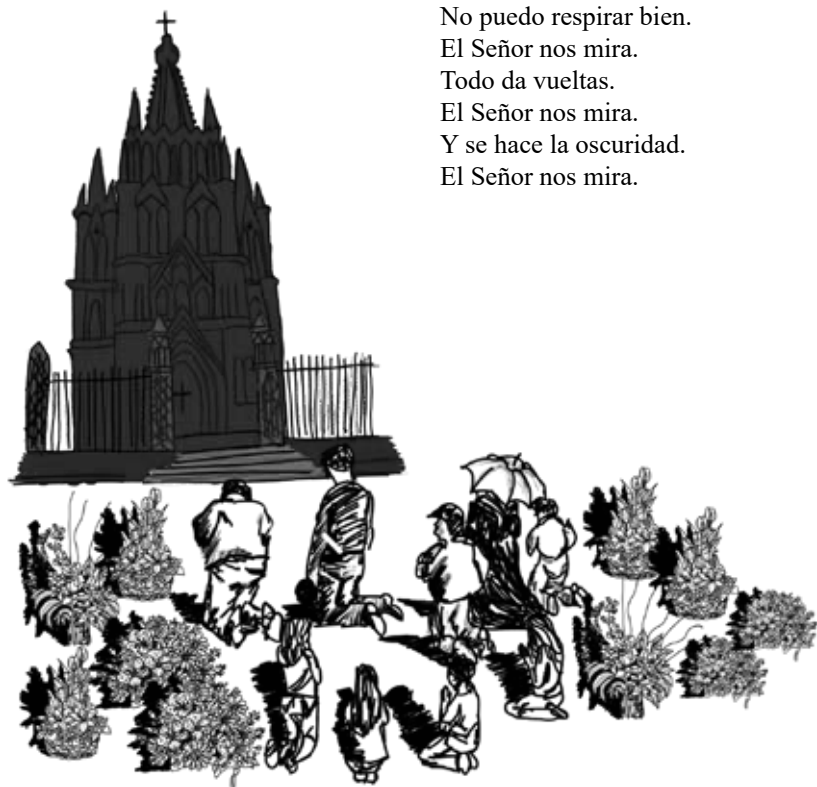
Vemos cómo llegan vestidos con sus mejores trajes y hacen su primer rondín del día. Ya son las 8 de la mañana. Vienen de Michoacán, Querétaro, Jalisco. Algunos, incluso, vienen desde la capital. Quieren agarrar un buen lugar para que nuestro Señor les bendiga. Conforme avanzan las horas, llegan más danzantes que, para prepararse, agradecen a los cuatro puntos cardinales. Hay cada vez más bullicio. Música. Gritos. Llantos de devoción. En el zócalo no cabe más gente. “Son más de mil”, me dices de pie desde el escalón donde nos sentamos.

Al punto de las 10 de la mañana, repican las campanas de la Parroquia y un séquito de sacerdotes y sacristanes sale del templo, detrás del Señor de la Conquista. Nadie lo mira directamente. No se atreven: es Aquel que hace que cualquiera doble las rodillas. Al ritmo de un tambor ronco, lo depositan en su plataforma. Y se hace el silencio.

IV. El Señor nos mira

A sus pies, hay flores y ofrendas. Esta vez viene vestido de azul con acabados dorados. La gente le prende copal. Le tiran cuetes. Y empiezan las danzas. Se siente como la tierra vibra con las pisadas y los cantos. Tambores, flautas y conchas de armadillo inundan la Plaza Principal. Las infancias lloran. Los hombres y mujeres bailan. El sol quema. El Señor nos mira.

Hace mucho calor.
El Señor nos mira.
Tengo sed.
El Señor nos mira.
Me duele la cabeza.
El Señor nos mira.
¿Por qué hay tantos gritos?
El Señor nos mira.
¿Dónde estás?
El Señor nos mira.
No puedo respirar bien.
El Señor nos mira.
Todo da vueltas.
El Señor nos mira.
Y se hace la oscuridad.
El Señor nos mira.



Isabela Encinas

Lo que guardan las mujeres

Susana Corcuera

Nuk envuelve al bebé en una piel y se lo acomoda, bien sostenido, cerca del pecho; el pequeño ha aprendido a encontrarlo en cuanto el hambre lo despierta. Apenas empieza a amanecer, es la hora más fría. Nuk alimenta el fuego con varas que guarda en un rincón de la caverna. La noche anterior había separado los restos de un pescado envuelto en hojas. Las yerbas crecen a la orilla del río y, además de olorosas, conservan el pescado seco. Lo desenvuelve con cuidado y lo extiende en una piedra lisa cerca de la lumbre.

Ike no tardará en despertarse para irse a cazar con los demás hombres. Las mujeres cuidarán del fuego y guardarán las semillas que han recolectado, junto con algunas plantas para el camino. También las pieles. Han estado suficiente tiempo en el mismo lugar; han mermado las bayas silvestres y los tubérculos; ya los animales de caza se han dado cuenta de que deben huir de esos seres que andan en dos patas.

Nuk hace un recuento de lo que llevará consigo: ollas, pedernal, alimentos, pieles, aguja de hueso, hilos bien resistentes, dijes. Es poco. Su mente va más cargada. Ahí lleva los consejos de sus muertos, el sonido del río, de las risas y del llanto. Lleva también los conocimientos para atender el fuego, hacer la comida, ablandar las pieles y recolectar sin descuidar a los niños. Y, en lo más profundo de ella misma, la intuición que la alertará de los peligros. Los secretos también viajarán seguros dentro de ella.

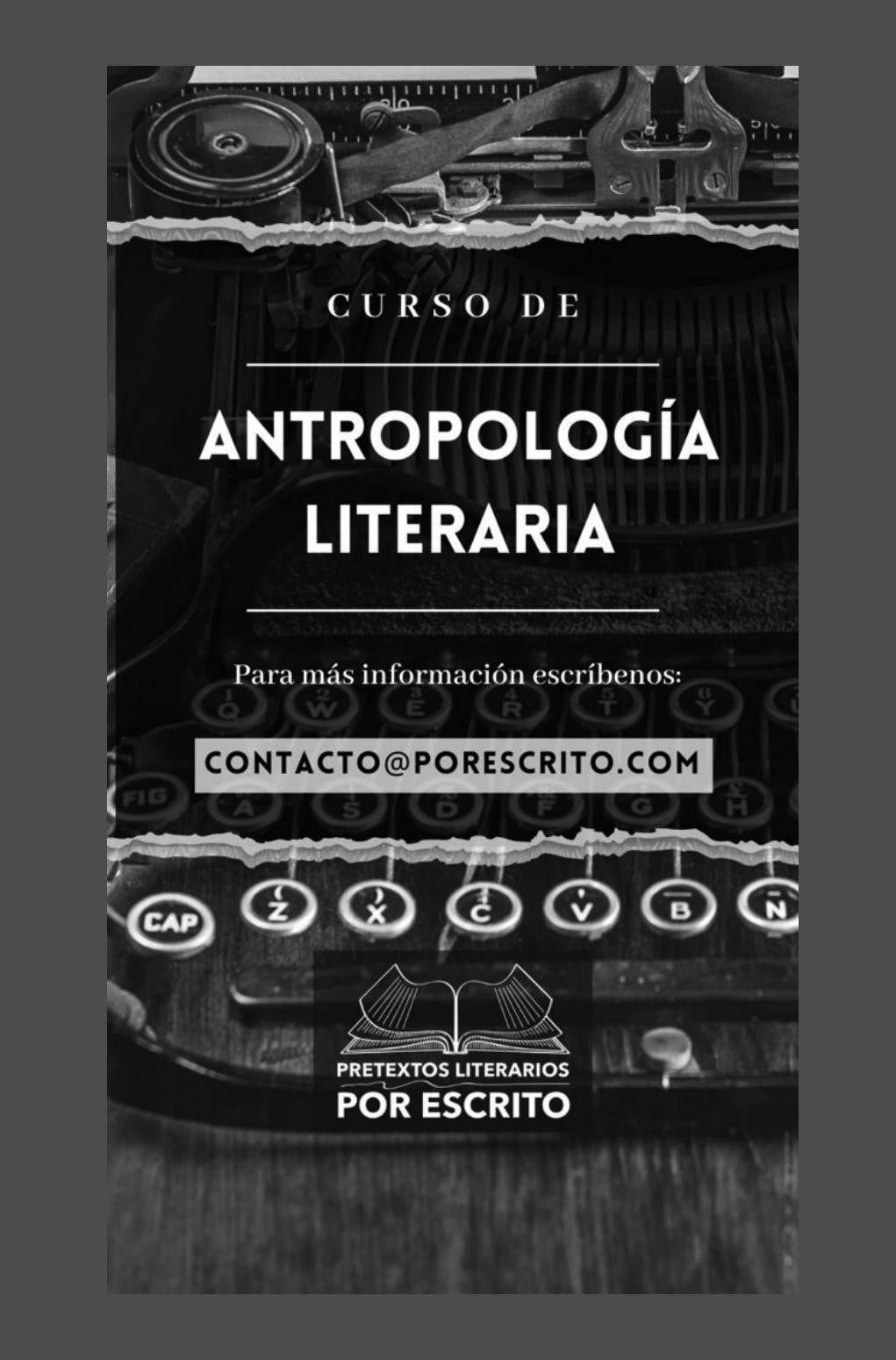
Nuk se toca los pechos. Al bebé no le faltará nada. Se toca luego el corazón. ¿Cómo seremos por dentro? Pone dos dedos en su boca. Las palabras no deben salir sin que les dé permiso. Finalmente, Nuk entrelaza las manos en su vientre. Pronto será de nuevo nido y refugio.

Ha pasado el día sin que se dé cuenta. Ya se oyen las voces alegres de los hombres. La última caza en el campamento debe haber sido buena. Esa noche, reunidos alrededor del fuego, contarán sus aventuras. Nuk no guardará las palabras, pero sí los gestos y el brillo en los ojos de Ike. Así, si alguna vez se olvida de que fue joven y fuerte, ella podrá recordárselo. Suspira, contenta. Cuánto guardan las mujeres.

Recetas
Historias
Bebés



Mónica Oltra

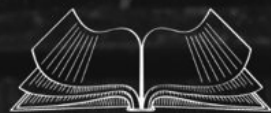


CURSO DE

ANTROPOLOGÍA LITERARIA

Para más información escribenos:

CONTACTO@PORESCRITO.COM



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

A grayscale photograph of a woman with wavy hair, wearing a tank top, performing a yoga pose (Urdhva Dhanurasana or Upward Bow Pose). She is arching her back, with her arms extended forward and her head tucked down. The background is a soft, out-of-focus light gray.

BODAI
YOGA

Eleva tu práctica

Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX. Segundo piso.

RESERVA

A través de tu plataforma de preferencia

Fitpass, Gympass, TotalPass

WA: 55 5217 0047

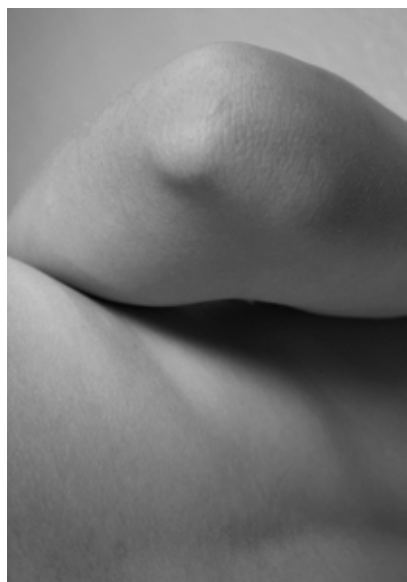
@bodaiyoga



Fémina de Leteo, Gilberto Bustos A



Estaba rodeada de peces, Irina Tall



Paisaje 12, DM Sandoval



Paisaje 13, DM Sandoval



Escondo mis manos detrás de plumas, Irina Tall



Sin título, Stef Gy



Hola, Ignacio Navarro



Sin título, Cecilia Durán



Parque Urbano de Albarquel y cabeza en la pelota,
Carlos Henrique Batista da Costa



EVØ, Alejandro Avila



Revista *Por escrito* te invita a sus
talleres y cursos:

**CURSO DE
APRECIACIÓN
LITERARIA**

**TALLER DE
ESCRITURA
CREATIVA**

**CURSO DE
ANTROPOLOGÍA
LITERARIA**

**TALLER DE
LECTURA**

Para más información escribe a:

CONTACTO@PORESCRITO.COM

Shibari

Berenice Monsiváis

A pesar del sol incisivo de mediodía, Mariel se paró afuera de la ferretería, ubicada en el andén sur del mercado, para no llamar la atención de ningún empleado. Observó por un rato a plomeros, albañiles y hombres laboriosos, bañados en sudor y polvo, acercarse al mostrador para hacer su pedido con la exactitud de un cirujano pidiendo instrumentos quirúrgicos. "Cincuenta tornillos ranurados con arandela hexagonal del número 14 por uno y un cuarto de pulgadas". Ella, en cambio, desconocía las especificaciones técnicas del único ítem en su lista. Además, temía que le preguntaran "¿Para qué ocupa la cuerda?", "¿De qué grosor la necesita?". En realidad, habría sido mejor haber ido a otra índole de tienda, pero doscientos kilómetros a la redonda, su única opción era una ferretería.

En un extremo, ubicó algunos carretes de cuerdas y mecates. Se acercó a estudiarlos procurando no llamar la atención de nadie. Había de nailon, henequén, polipropileno y algodón. Empezó a descartar opciones: las muy gruesas por dificultar la hechura de nudos; las muy delgadas por ser susceptibles a dejar marcas delatorias; las amarillas plásticas porque se sentirían frías e incómodas en la piel; las de henequén por rasposas. Al final, eligió una cuerda blanca trenzada de polipropileno, con un grosor ideal a su juicio inexperto.

Ahora necesitaba decidir cuántos metros. Para eso, recordó algunas imágenes. Estimó que se necesitaría ocho tantos del largo de su brazo. Se acercó al mostrador para hacer el pedido, con la exactitud de quien no necesita asesoría. Después de haber pagado el importe en la caja, el empleado de la ferretería le entregó el pedazo de cuerda en una bolsa de plástico transparente. Camino a casa en transporte público, miraba sus muñecas frágiles y delgadas descansando sobre su regazo. Debajo de ellas ocultaba la cuerda con nerviosismo, como si algún pasajero pudiera adivinar para qué la utilizaría.

A la mañana siguiente tocó a la puerta de la cabaña de Shin.

—La tengo. Fui a la tienda a comprarla.

—¿Tú? ¿Comprar cuerda?— inquirió con el entrecejo fruncido.

—Sí— afirmó sin mirarlo a los ojos mientras extendía su brazo con la bolsa en mano.

—Pasa. Haré café. ¿Quiere?



Mónica Oltra

—No, *arigato*. Desayuné antes de venir.

Sacó la cuerda para examinarla y sentenció:

—Un poco dura.

—No encontré algo mejor, Shin-chan. Fui al pueblo a comprarla, no a Tokio.

Shin la dejó sobre la mesa y comenzó el ritual meticuloso de preparar su café. Desdobló poco a poco las capas de un bulto, envuelto en una tela estampada con flores de cerezo, para develar una prensa italiana impecable, resguardada así después de cada uso para cuidarla de la brisa de mar oxidante. Todas sus pertenencias lucían como nuevas, aunque llevaran años viajando con él por las playas del mundo. Rara vez regresaba a su tierra natal. Distintas envolturas de tela protegían los escasos objetos en su haber: unos palillos, el cepillo de dientes de bambú, una taza metálica, una navaja y cuchara, su reloj y un cuaderno pequeño acompañado de documentos oficiales. Midió con precisión la cantidad de café y agua. Luego tomó su reloj para cronometrar el proceso de condensación. Mariel admiraba el cuidado y la delicadeza con la que hacía uso de sus pertenencias. Confiaba en sus manos. Sentía que, al igual que la prensa italiana, jamás sufriría daño con él.

La cabaña estaba a media luz. Una cortina, recorrida tan solo unos centímetros, dejaba pasar suficiente luz para distinguir rostros, pero resguardaba la recámara de la radiación solar dispuesta a apoderarse de todo cuanto tocara. Mariel se sentó al centro de la cama, con sus piernas al descubierto cerca de su pecho, abrazadas por unos brazos largos oscuros, mientras Shin terminaba de sorber su taza de café.

—¿Empezarás por mis muñecas?

—*Jai*— contestó para afirmar.

Se levantó al baño para quitarse las prendas de vestir sin testigos. Luego regresó apresurada al mismo lugar en la cama. Esta vez, con los empeines tocando el colchón, rodillas juntas, las manos sobre los muslos, su espalda recta, el cuello alargado, pero la cara inclinada hacia abajo. Cual mujer japonesa educada en el arte de servir un hombre, según había aprendido de Shin al escucharlo hablar incontables veces sobre las costumbres de su país, esperó con paciencia. Él comenzó a torcer y estirar la cuerda para tratar de ablandarla, luego se acomodó detrás de ella con las piernas cruzadas.

—Mucho tiempo no hacer *shibari*.

—Recordarás.

Empezó por hacer el nudo más sencillo. Intentó varias veces sin éxito. Cuando lo logró, su rostro se llenó de gozo. Tomó con su mano derecha todas las trenzas largas adornadas con cuentas de colores y las posó sobre su hombro izquierdo.

—Tus manos, atrás.

Alguna vez Mariel leyó un libro sobre el secuestro de negros en Angola, siglos antes, para ser esclavos en las Américas. Las ataduras utilizadas para transportarlos hasta un barco transatlántico marcaban el comienzo de una vida sin libre albedrío. Ahora ella vivía en la costa del océano Pacífico en una comunidad de negros mexicanos, traídos contra su voluntad generaciones antes. Sus abuelos no hablaban de los barcos transatlánticos en los que llegaron sus ancestros, sino de los barcos y avionetas comerciantes que llegaban a ese rincón de México para obtener algodón, arroz, caña, sal y ajonjolí a base de trueques. La alegría de la gente para festejar tanto la vida como la muerte parecía como si nunca hubiera existido entre ellos nostalgia por su tierra madre. Mezcal, pan de vida, tamales de tichinda, barbacoa de tortuga marina y tamales de iguana abundaban tanto en una fiesta de cumpleaños como en un velorio. De día y entrada la noche, se escuchaba a los niños jugar y recorrer las veredas del pueblo, trazadas sobre arena de mar, sin acompañamiento de adultos, ni límites de muros que encerraran las

cabañas de palma real. A veces, se les escuchaba hacer sonidos fuertes con sus bocas, al presionar y soltar la lengua contra el paladar. “*Tal vez sea el único remanente de las voces de mis ancestros*”, pensaba.

Mariel cerró los ojos. Sintió sus manos ser cruzadas por dos elipses; luego una fuerza en sus muñecas al ser cinchadas. Respiró profundo. Era el comienzo de un ritual desconocido, capaz de despertar su curiosidad jamás licenciada.

—¿Doler?

—*Le*— negó ella.

Dos líneas paralelas surcaron su espalda con una delicadeza opuesta a los látigos opresores de un cazador de negros. Estallaron ecos de sus verdaderos deseos por las ranuras dorsales recién labradas, oprimidos y guardados en escondrijos profundos, repletos de palabras constrictivas severas, tanto ajenas como propias, desde sabrá cuándo. “*Las mujeres que se acuestan con sus novios tienen baja autoestima*”. “*¿Qué pensarán de mí si pido lo que realmente quiero?*”

Aquí no se escuchaban los lamentos de madres angoleñas corriendo para esconder a sus hijos de los portugueses en busca de esclavos, ni el llanto en *decrecendo* de bebés asfixiados para ser redimidos. Solo se oía el sonido distintivo de aves sin amo, niños reír tras un marrano suelto y el viento ilimitado provocar el vaivén de las palmeras con su paso.

Mariel seguía sin atreverse a abrir los ojos. Comenzó a tratar de adivinar cuáles poros serían trastornados por el paso de la cuerda. En su nuca se posó un nudo ingrátido, como si una mariposa aterrizara sobre su piel para alentarla a crecer alas y levantar vuelo.

—¿Gustar?

—*Jai*.

Las dos líneas volvieron a separarse para dar cabida a la cabeza. A ella le estaba siendo respetado su derecho a ser libre, en cuerpo y pensamiento; no estaba siendo desechada ni colgada de un árbol para ser husmeada por moscas hambrientas. Del pecho, dos rayos emergieron de un nudo céntrico, luego rozaron el contorno de sus senos. La pesadumbre de todos los pensamientos acusadores fluía por ellos para desvanecerse con el calor de las manos de Shin en su cintura. Después de un silencio largo, sintió un último jalón.

—Terminar.

Mariel abrió sus ojos con lentitud. Inició el reconocimiento de su cuerpo nuevo, ataviado con líneas blancas en su vientre y torso.

—Bonita— le dijo al tomar su rostro con aquellas manos inofensivas.
Ella también se observó hermosa, como nunca antes. Cada trazo
nívco proclamaba con rotunda intensidad su libertad fresca.
—Shin...— pidió sin tapujos —bésame.



Mónica Oltra

Se busca mujer de ojos con luz amarilla

Camila Ortiz

Toda la semana estuve inquieto esperando a que quisieras verme, eras tan impredecible que vivía con la constante interrogante de si volverías a visitarme siquiera. Llevaba treinta minutos en mi clóset organizando mis calcetines, no tenía nada mejor que hacer, mantenerme ocupado en clasificar por colores y tamaños cada una de mis prendas hacía que la espera no fuera tan larga para verte, la incertidumbre de tu presencia inoportuna era la sensación que me inundaba.

Desde que hablamos por primera vez tuviste un delirio de misterio que me atormentaba, no decías nada de ti, no sabía quién eras, intentabas pasar desapercibida, no querías que nadie te mirara, pero ante mis ojos eras la más deslumbrante en cualquier lugar que estuvieras. Eras una desconocida, lo único que sabía de ti era que tenías la virtud de conocerme a la perfección. La confianza instantánea que percibí en ti fue abrumante, distintas veces me dijiste que solo estabas para escucharme y crecía en mí la deuda interna de regresarte el favor, pero no me lo permitiste en ningún momento.

Después de tener el mueble con los calcetines acomodados, me había dispuesto a empezar con las bufandas, coloqué cada una de ellas sobre la cama para clasificarlas por material esta vez. Me estaba funcionando porque dejé de pensar en ti por un momento, tantas fueron las tardes intranquilas que agarré costumbre y en verdad ya me estaba concentrando en lo que estaba haciendo, pero me interrumpió ese anhelado sonido de que estabas tocando mi puerta. Con desespero giré la manija para verte, entraste sin saludar y te dirigiste inmediatamente a la cocina dejando un rastro de lodo con tus botas, sin entender mucho de lo que estaba pasando me reí y fui detrás de ti, ya después limpiaría eso.

—Esta vez traje algo más que mi presencia, así es, ganas de cocinar —gritaste con emoción—.

Asentí sonriendo en gesto de agradecimiento. A pesar de que conocías toda mi casa, pedías permiso para tomar cada una de las cosas; me causaba gracia que lo hicieras cuando hace cinco minutos habías entrado por la puerta como si fuera la tuya, era algo tierno y contradictorio que te caracterizaba. Embarraste la crema de avellanas en una tortilla de harina y te pusiste a calentarlas en el sartén, una

combinación extraña a mi parecer, pero no podía decir nada después de escucharte quejar de que la gente siempre opinaba sin haber probado antes. Al terminar de cocinar, tomé un par de tazas con leche para acompañar y salimos al balcón.

Estaba haciéndose tarde, apenas y se veía el sol a través de las nubes, maldecía al invierno por no permitirme ver tu color de ojos natural con su luz amarilla, a su vez, tus labios se habían enrojecido por el frío, y eso provocó que no dejara de mirarlos. Pasamos varias horas conversando en la terraza hasta que algunas gotas de agua comenzaron a caer en el tejado, era el momento perfecto y lo usé de pretexto para besarte, para mi suerte esa vez no te negaste como todos los demás días que lo había intentado, hoy tenías una actitud diferente.

Entramos a mi habitación y tomé las bufandas que había colocado en la cama para arrumbarlas en un bote, quería solo arroparnos con las sábanas y sentirte cerca de mí.

Mi cabeza se posaba en tu pecho identificando inmediatamente tu ritmo cardíaco, me envolvías el torso cariñosamente con tus manos, estrechando las mías y el silencio en tu respiración era más que suficiente para mi compañía. Tú tacto sereno sobre mi piel me estaba provocando pesadez en los párpados, pero no quería soltarte. Pronto sería el atardecer y seguro te irías, pero me atreví a preguntarte si podías quedarte más tiempo esta vez y obtuve una respuesta positiva que apenas logré escuchar.

No te encontré cuando tomé consciencia, mis manos con fuerza se aferraron al algodón de la sábana sin entender qué había pasado, el aire que se adentraba a mis pulmones era más difícil de retener y se sustituía con un asfixiante vacío. Mi mirada viajó por los rincones de la habitación, pero no encontraba un rastro de ti. Siempre que estábamos juntos me advertías que era la última vez que nos veríamos, cuando miraba la hora pasada del atardecer ya sabía que no faltaba mucho tiempo para que te levantas de la silla y te fueras, quizá sin regresar, pero tantas veces me advertiste que no volverías y al final volvías que dejé de creerte esa afirmación.

Las puertas de la casa resonaban con la ira que tenía para desquitarme con ellas en cada intento de encontrarte, presentía que esta vez sí estabas cumpliendo la despedida de la que tanto me hablabas. Además ese día no mencionaste nada sobre eso.

Te había pedido que el día que te fueras dejaras algo para mí, fui a la cocina y vi ahí el bote de crema de avellanas sobre la mesa, salí al

balcón y estaba el par de tazas, solo una vacía.

Inexplicablemente no encontraba nada más, no había ninguna una señal de que había pasado algo, miré hacia el pasillo de la puerta y las huellas de lodo no estaban. La desesperación me estaba invadiendo. Por instinto, tomé mi celular para llamarte, pero volví a tener ese hueco en el estómago al recordar que no sé nada de ti, no tengo nada.

El pasillo se llenó de luz y me di cuenta de que no dormí un instante de la noche, la calma que había encontrado en ti no tenía sentido, tarde o temprano me iba a llegar ese desdén a la existencia.

La tonalidad clara del cielo volvía a oscurecerse, por consecuencia, la tonalidad oscura del cielo volvía a aclararse, podía esconderse el sol una y mil veces, pero el día nunca terminó, así como nunca terminé de descifrar cómo volver a crearte.



Ivonne González

El puma mató a Teodorica Medel

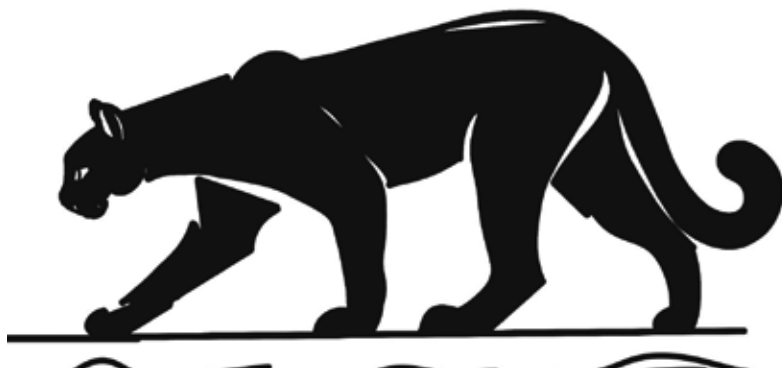
Simona Galdina

El puma mató a Teodorica Medel. Pobre Teodorica, mi Teo, Teíta.

Su belleza y comportar sofocaban los senderos pedrosos, pálidos como nubes, ahí donde ni el alache ni la pipicha se asoman. Teodorica Medel nunca presagió el acabar con ese tal Zeferino, sin apellido, pues ni padre ni madre tenía; felipeño, chaparro y panzón. Las ansias por terminar con su peste de la soledad carcomían a Teodorica Medel: su ver, como a través de un carrizo, solo fijaba algo, una visión, un amor correspondido, pero, sobre todo, asegurado con aquel hombre de patas cortas y lengua larga.

Voces se escabullían entre la gente, como en los rosarios el humo de copal lo hace, y también se les quedaban impregnadas en la ropa de uno que otro. <<El pueblito hace mucho eco pa' que andes de gritón>>, le decía ella cada que el aroma de otra flor se olía en él. <<Si mudito me encontraste, Teíta>>, le contestaba él sin remordimientos.

Sus ojos, tallados en piedra azabache salvaje, esos zafiros, se empolvieron con el vendaval de la verdad de su hombre, y ella no lo supo soportar, quizás nadie podría. Entonces, ella decidió marcharse al monte y nunca más regresar. Poco sabía Teodorica Medel que su infortunio seguiría como río desbordado, río que la llevó a mí, pues aquella vez, no solo la moral de aquel pobre diablo la mató, yo también.



Juan Pablo Mena

El retrato de la abuela

Fidel Cantú Quintanilla

El día que visitamos la tumba de la abuela, allá en el ejido Gatos Güeros en Linares, nos cayó un aguacero tempestuoso. No podíamos bajar de la camioneta en que viajamos. Estábamos a la orilla de la carretera.

—Ya se enojó la abuela—. Dijo mi padre.

—Pues como no se va a enojar, si hacía más de un año que no veníamos a verla—. Habló mi tía, la mayor.

Un viento fuerte movía los árboles que estaban a la orilla. En la troca muy apretados veníamos la tía Chela, la tía Gema, que son dos hermanas de mi papá. Yo estaba sentado en las piernas de mi mamá, además de flores, también traíamos una corona de muertos. En el interior del coche ya olía mucho a perfume, se sentía la humedad por el resoplo de nuestros respiros. El calor se volvió muy sofocante. Esperábamos nomás a que amainara la lluvia, pero no tenía pa'cuando. Luego mi padre que era un fumador empedernido no aguantó más los calores, se salió de la camioneta, cruzó la calle por donde ya iba corriendo el agua sucia y se guareció debajo de un techito de una casa. Cuando terminó de fumarse el cigarro, volvió hasta donde estábamos.

—Ay Hilario, si nomás te saliste a mojar, el agua te estaba salpicando hasta arriba de las rodillas, ¡mírate! —dijo mi madre, ya cansada de advertirle siempre lo mismo— Tú nunca vas a entender, ese vicio que traes de fumar no solo te va a matar a ti, también nos estás arrastrando a todos. ¿A poco crees que no nos enfermas a nosotros?

El cielo al fin se abrió y la lluvia dejó de caer, pudimos bajarnos de la troca. Caminamos rumbo a los corredores del panteón, en algunos pedazos había caminos de piedra, pero en otros ya se había formado un lodazal, pero pues, así como quiera anduvimos hasta llegar a la tumba de la abuela. Una lápida con su nombre: “Rosenda De la Garza Martínez”, y el año de su nacimiento y en el que murió: 1928 - 2022. Tenía 94 años. ¡Toda una vida!, mis tías limpiaron con un trapo el agua que le había caído, luego colocaron las flores y la corona. Mi madre sacó un retrato enmarcado en madera de caoba, mis tías se sorprendieron:

—Comadre, esa foto de mi mamá ¡yo no la había visto! —dijo mi tía Chela.

—¡A ver! —comentó la tía Gema— No, yo tampoco la había visto, ¿de dónde la sacó?

—Este retrato se lo tomaron el día en que nos casamos Hilario y yo. Mi suegra nos acompañó al estudio de fotografía, ese día ella estaba muy emocionada, porque nosotros andábamos pose y pose para la cámara. Me acuerdo de que nos dijo: *“Oye hija, no me podrán sacar a mí una fotografía también, yo solo tengo de a cuándo era joven, ya después de casada nunca más me volví a tomar ninguna”*

Y pues ya sabes cómo es una, le dije inmediatamente que sí, antes de que se nos fuera a arrepentir, ya vez que le decíamos siempre que se acercara a donde estaban los chamacos para tomarle fotos, pero pues ella nunca quiso. Así que, ese día, le tomaron este retrato y hace unos años, antes de morir, me dijo que esa foto quería que se la pusieran en su tumba, para que vieran los que pasaran por enfrente de ella, quién era, y cómo se veía cuando estaba viva. Por eso mismo la traigo. Para ponerla ahí por dentro, recargar su retrato.

—¡Ándale, pásame las llaves de la puertita Hilario! Pa'poner las flores y el retrato a tu amá.

—¡A ver deja le abro! — Mi madre colocó lo que traía en sus manos.

Ahí estuvimos en la tumba de mi abuela, que ahora presumirá su nuevo retrato. Una imagen en la que resalta su rostro de tez canela, sus ojos grandes y amelados; unas cejas ligeramente delineadas y pintadas; con algunas arruguitas en la frente y en los pómulos, sus aretes grandes bañados en oro, su cabello entrecano, con un vestido rojo y un collar de perlas en su cuello. De todos los detalles que pueda contar del retrato de la abuela, lo que más resalta es su sonrisa, aunque es un poco ligera y pronunciada hacia su lado izquierdo, es lo que más me gusta de ella. Los que la conocimos y tenemos conciencia sabemos que esa imagen no le corresponde, porque mi abuelita era bien *cabrona*, se la pasó regañándonos siempre y si nos portábamos mal nos aventaba la *chancala* o lo que estuviera cerca de ella. Un día nos corrió a todos de la casa porque decía que ella la había comprado, nos desconoció y nos *maldijo*, luego gritó una bola de palabrotas que no puedo repetirlas ahora, porque a pesar de todo, le tengo respeto a la *viejita* esa que tanto le lloró mi papá cuando se murió. A su hijo sí lo quiso mucho, pero a los nietos nos mandaba a la *fregada* cada vez que nos acercábamos. Yo no sé cómo va a ser mi madre con los nietos que yo le dé. Ojalá que sí los llegue a querer mucho, porque luego no me gustaría que pensarán de ella como yo ahora lo hago de mi abuela.

Después de dos horas de estar ahí, me puse a husmear otras tumbas. Tantos muertos, algunos jóvenes, otros pequeños y muchos *viejitos*.

Cuando uno anda por esos lugares, luego luego pienso en que tarde que temprano voy a terminar como todos ellos, en una caja y enterrado bajo tierra. Oliendo a muerto. Al menos por un tiempo hasta que los gusanos terminen de tragarse todo aquello que alguna vez anduvo vagando por las calles.

Regresé a donde estaban mis tías y mis padres. Vi el retrato de la abuela y, ¡está hermosa! Que linda era ella. Ojalá pudiera estar viva, no importa que me regañe o que me grite. Ella será mi abuela siempre. Eso nunca lo podré negar.



Juan Pablo Mena

Y si me toca, que no me empujen

Itzayana San Germán Ceceña

Sin nada más que el zumbido del vasto mar he contemplado el hundirme, el volar, el dormir sin despertar, el fluir de sangre bajando por las manos, incluso, el conseguir el propio *big bang* a punta una detonación final. Así he visto lo arbitraria que es la vida y lo jugueteón del destino. No temo el irme tomada de una mano de huesos, a veces he pensado en cómo me recibiría y he fantaseado con que tan amigas seríamos, me entretengo pensando a qué ritmo bailaríamos, no sé si en un salseo o bachateo, si en un *beat* urbano o tal vez en el son de mi puerto, pero bailando de su mano me he visto, ella agarrándome de la cintura y yo aferrada a sus hombros.

Ella, con su vestido negro cayendo sobre sus huesos, Ella que es una de nosotras porque nadie nos podría abrazar mejor al llegar, Ella que nos atrapa once veces por día sin habernos ido a buscar, Ella que no sabe hablar, pero la entendemos; las que están con Ella tampoco hablan ya, pero con esas bocas sin sonido nos muestran como al mover los labios desde el corazón su voz se cuele en nuestras gargantas cuando coreamos sus nombres por las calles que se infiltran de morado.

Ya no alcanzan los gritos ahogados, ahora solo nos queda ahogarnos gritando. Llenándonos los pulmones de agua, para tomar los plumones, las pinturas, el aerosol y dejar en la calle lo que con el agua de casa nos han hecho tragar. Es luchar contra el mar, es sentirse inútil, imposible, hasta que entendemos que todas sabemos nadar por dentro, por lo mismo sabemos aguantar para gritar.

Decir que las recordamos ya suena ajeno, porque a cada segundo es más claro que ellas no se fueron, que para recordarlas necesitamos un ticket de despedida y no lo encontramos, porque no lo compraron. No las recordamos porque no se fueron, porque las empujaron a irse y es por eso que para nosotras, aquí siguen, viviendo en las que nos quedamos, avisándonos, cuidándonos; no soy yo la que siente que es momento de cambiarse de acera, son ellas que en el camino de su voz erizan mi piel y me salvan. Porque nunca se los he dicho, pero no hace falta, ellas entienden mis labios sellados, y saben bien que si he pensado en irme y buscarla a Ella, nunca es en la camioneta que me subieron, nunca en los puños de un "amor", nunca como un producto en vitrina, nunca sin que Ella y yo nos presentemos primero, nunca sin avisar, nunca sin despedirme, para poder saludarla.

No temo el bailar con esa bella dama de negro siempre que sea Ella la que me ofrezca su mano, o si la iniciativa es mía también podemos coincidir, y soy consciente del llanto que quedará detrás de mí, pero si me toca irme, solo quiero mi nombre en piedra, no en mil pancartas por toda la calle; si me toca solo quiero mi rostro en las pantallas de quienes compartieron risas conmigo, no en boletines de “Se busca” que circulen ignorados por todas las redes ante miles de desconocidos; si me toca irme que se me recuerde por lo mucho que viví, lo mucho que bailé y lo mucho que amé, no por cómo me llevaron, no por cómo me encontraron; si me toca irme que se cuenten mis historias, las que viví y las que me inventé, no las especulaciones de mis últimos momentos, no los cuestionamientos a mis decisiones para terminar así; por favor, si me toca, que no me empujen...



Ivonne González

El sonido que no llega

Mariana Torres Lomelí

Dicen que en aquella ciudad todas recibían un reloj al nacer. No era un reloj que se pudiera ver, pero todas sabían que estaba ahí, escondido en algún lugar dentro de ellas. No marcaba la hora ni los días, pero, según dicen, un día empezaría a sonar. Y cuando eso sucediera, cada una lo lograría escuchar.

De niña, ella no pensaba mucho en su reloj. Le gustaba imaginarlo como un objeto mítico viviendo en el fondo de su ser. Los adultos hablaban de él con un respeto extraño, como si fuera algo mágico que conocía el momento justo para sonar en la vida. “Cuando suene, lo sabrás”, le decían.

Los años pasaron y, como pasa con muchas cosas que parecen lejanas, se olvidó de él. Pero un día, mientras sus amistades comenzaban a caminar por senderos muy parecidos, llamados adultez, ella empezó a notar algo: empezó a escuchar el sonido de los relojes de las demás. Era un ruido constante que resonaba en las decisiones y conversaciones de quienes la rodeaban: compromisos, bodas, casas compartidas, e incluso bebés y cunas. Esos relojes sonaban con fuerza, alineando las vidas de quienes los llevaban, en una perfecta sintonía.

El suyo, sin embargo, permanecía en silencio. Había momentos en los que ese silencio la reconfortaba, como si le diera permiso de moverse a su propio ritmo. Pero otras veces se preguntaba si su reloj estaba roto, si el silencio era un error o incluso un vacío.

Había días en los que sentía que todo a su alrededor se movía demasiado rápido, como si el tiempo tuviera prisa por ganar una carrera. Las preguntas de las demás personas eran incómodas, pero lo eran más sus propios pensamientos, con interrogantes como: ¿Por qué no tienes pareja? ¿Te gustaría ser mamá? Y aunque trataba de no darles importancia, esas preguntas se quedaban flotando en el aire, enredándose con sus pensamientos.

No era que odiara la idea de escuchar su reloj. Pero tampoco sentía la misma urgencia que parecía consumir a otras personas. Su relación con la maternidad, con el amor, con los compromisos, era como una conversación a medias: no la ignoraba, pero tampoco la concluía.

Le gustaba pensar que su reloj simplemente estaba esperando el momento adecuado, un momento que no tenía que coincidir con el de nadie más. Y, mientras las demás personas avanzaban como el elenco de una obra perfectamente ensayada, ella por ahora prefería quedarse en los camerinos, esperando su turno para entrar en escena.

Si un día su reloj sonaba, lo escucharía. Pero hasta entonces, seguiría caminando a su propio ritmo, lejos del ruido, lejos de las expectativas, lejos de cualquier guion que no hubiera escrito ella misma.



Juan Pablo Mena

Ecós de Fractales

Mónica Iglesias

Como cada mañana, ella se levantaba muy contenta, me miraba unos segundos, se refrescaba y salía con prisa, siempre medio vestida. La vi crecer desde los dos años, arriba de su banquito de tortuga. En mi memoria hay recuerdos muy variados, no creo que exista alguien que la conozca mejor que yo. Elisa fue hija única, y sí, consentida, un poco ególatra, y vaya que de eso yo puedo hablar. Chica sociable, en la semana siempre había alguna amiga que se quedaba por lo menos dos o tres días; la traviesa, la aplicada, la chaparrita, o su *best friend*, sabía quién era porque solo a ella le contaba sus secretos.

Veintidós años juntos, y dos separaciones, en la primera me angustí porque no supe de ella en ocho meses. Elisa dejó de visitarme, me perdí sus estados de ánimo, la noche cuando se le cayó el primer diente y también sus cambios de *look*, recortándose el fleco con las tijeras de la cocina. Una serie de pesadillas recurrentes la llevaron a dormir a la cama de mamá y papá hasta que las superó. Fueron meses muy solos. Miraba cómo mamá de a poco iba sacando las cosas de ella; primero su cepillo de dientes, luego las toallas, sus moños gigantes para el cabello, hasta el tapete pachón que pisaba al salir de la ducha, la extrañé.

En la segunda separación, creí que sería para siempre, con veinticuatro años y una relación amorosa y duradera con Ignacio, era comprensible que el momento había llegado. Lo supe tres meses antes de la boda, la veía rara, acudía muchas veces a mí, una vez la vi probarse en media hora ocho cambios de ropa, pero también la vi más hermosa. Miré como iban vaciando su clóset, al mismo tiempo que se llenaba de maletas y cajas su habitación. La última noche antes de irse recogió lo que le quedaba, el cepillo de dientes y su cosmetiquera, tomó la manija de la puerta para salir y antes de hacerlo, se dio la vuelta y me miró, se acercó de repente como si por un instante se le hubiera ocurrido que alguien del otro lado ondeaba una mano con nostalgia. Percibía su aliento, me acarició, sus huellas me quedaron grabadas y esa noche tuve mi primera fractura, me contuve para que no se extendiera, quería evitarle los siete años de mala suerte, me importaba que Elisa fuera feliz, sin estúpidas maldiciones.

Tiempo después de que Elisa se mudó a su nuevo hogar, la mamá hizo de su recámara un cuarto de visitas. Me sentí invadido, demasiada

variedad de rostros combinados con largas temporadas de soledad. Necesitaba por lo menos una rutina de alguien; *como levantarse contento, mirarme unos segundos, refrescarse y salir con prisa, siempre medio vestido*. Un mismo rostro haciendo las mismas cosas cada día, durante un largo período y que me pudiera dar el tiempo de formar su historia, pero cuando comenzaba a familiarizarme, ellos partían, y noticias de Elisa, a través de sus conversaciones, tampoco tenía.



Ivonne González

Por fortuna, parecía que nadie había notado mi fractura, era sutil, pero yo la había sentido, no quería que me cambiaran por verme roto o peor aún, viejo.

Yo creo que unos meses habían transcurrido, o tal vez años, perdí la cuenta, nadie se asomaba, ya era muy extraño porque aún sin visitas, su madre entraba, y de vez en cuando se lavaba los dientes, se daba un baño o cambiaba las fundas de los muebles. Y el silencio se hizo largo, y me aterrorizó el abandono, lo confirmaron la aspiradora muda, el timbre oxidado, un teléfono sordo, el moho y el polvo que pesaban monstruosamente.

Una mañana, cuando el primer rayo de sol que entraba por el tragaluz rozó un pedacito de mi superficie, ocurrió por segunda vez, otra fractura, parte de mí se rompía de nostalgia y soledad.

Siete años transcurrieron (lo supe después) para que un par de niñas; la menor de cinco y la mayor con seis entraran como caballos desbocados por la puerta principal, a una casa VACÍA (pero es que cuándo había ocurrido eso, en qué momento nos habían vaciado). Fueron directo a nuestra recámara, azotando puertas entre risas y brincos, gritaron: sí nos gusta, papá, queremos vivir aquí.

Mi fin se acerca, nunca más veré a Elisa, sus padres han vendido la casa, y yo estoy cada vez más roto.

—¡Paula, Ineeceés, vengan que ya nos vamos!

—Entonces, ¿cuándo nos mudamos, papá?

—Ya les dije, niñas, primero la remodelación.

r e m o d e l a c i ó n

Pero quién querrá conservar un espejo viejo, y peor aún, roto, por fuera y por dentro.

Días después, llegaron los trabajadores, entre taladros, pintura y resanes, fue inevitable; ocurrió mi tercera fractura. Me dolía esta transformación, me dolía que aniquilaran con su escándalo invasivo los recuerdos de este hogar. Me dolía no volver a verla, nunca. Estaba perdido, llegarán a mi área, me verán y gritará el maestro de obras, sin piedad: *“Este espejo, desmóntenlo y arrónjenlo al camión de los desechos”*.

Pasó un mes y mi superficie se opacaba, a mi reflejo le salían manchas como esos lunares que le salen a la gente en las manos para recordarles lo inevitable; el tiempo no descansa, tic tac.

Domingo, la casa se encontraba felizmente vacía, los trabajadores sin saberlo me regalaban esta pausa, la necesitaba para estar listo. Nuestra recámara estaba casi terminada, solo faltaba mi área. El silencio evocó en mi interior las imágenes de todos sus recuerdos; mi pequeña, mi adolescente, mi Elisa vestida de novia. Ya estaba preparado, estaba en paz. Todos los días, dejaban las puertas y ventanas abiertas, se formaba una corriente ligera y purificadora que se llevaba los olores tóxicos, trayendo de regreso un aire fresco, y ahora perfumado; alguien había entrado, y no eran ellos.

Mami, ven, ya están terminando todo, mira nuestra recámara. Estaba a punto de conocer a la madre de las niñas, ella era mi última esperanza, si ella decía que me quedara, yo me libraría de la decisión de aquel Inquisidor, maestro de obras. Pero algo noté en ese aire perfumado, familiar y cálido.

Era ella, mamá de las dos pequeñas, y hermosa.

Nos reconocimos. Los malditos siete años habían sido para mí, pero ya no importaba. Se acercó, y detrás de ella, Ignacio.

—Eli, le dije al maestro de obras que nos cambie el espejo, ya está muy roto y viejo.

Ahí estaba, como hace siete años, podía percibir su aliento generando un pequeño vapor en mi reflejo.

—Mmhh, no, mejor dile que lo corte en tres partes, aprovechemos las fracturas — las mismas que rozaba —, me gusta su aspecto *vintage*

— y yo que me sentía un viejo —, le podemos poner los marcos que trajimos de Cuzco, se verán lindos en nuestra recámara.

Sus huellas volvieron a grabarse en mí. La maldición había terminado.

Seguí perdiendo la cuenta, entre meses, años y más, tic tac.

Inés, la más cálida de las niñas, celebraba la inauguración de la nueva casa de su nieta, y en el camión de la mudanza, venía yo, para ser colocado en la sala principal como el regalo de bodas máspreciado y heredado de la familia.

Y un siglo, más, tic tac...



Ivonne González

Así tenía que ser

Nancy Verver

Desde muy temprano, intuí que sería un día diferente. El amanecer inició muy nublado, gris y apenas soplabla el viento. La nube más oscura se quedó fija frente a mi ventana. Los pájaros que habitualmente visitan mi balcón, nunca se presentaron. Quizá sabían que era sábado y decidieron tomarse el día libre, al igual que el repartidor de periódicos, quien nunca llegó, por más que lo esperé. Probablemente sabía que algo sucedería esta noche y prefirió no involucrarse.

Yo cumplo con mis citas. Ese es mi trabajo y lo hago por voluntad, por gusto y, en ocasiones, por necesidad. Me buscan para experimentar el sexo, no el amor. Aunque en ocasiones solo desean que los escuche, sentir compañía o incluso hacer confesiones. No importa, yo acudo de igual forma. Siempre y cuando me paguen bien, soy puntual.

En esta ocasión, todo fue sumamente extraño. Me citaron a las nueve de la noche y, como condición, me pidieron asistir con vestido negro ajustado y zapatos rojos de tacón alto. Quizá era el preludio de una tragedia, de su propia tragedia. Asistí puntualmente. Él llegó quince minutos tarde. No importa, el tiempo comienza a contarse a partir de las nueve de la noche, tal como lo solicitó.

A diferencia de otros encuentros, él no quiso tomar vino, ni una gota de alcohol. Sin que yo se lo ofreciera, me pidió un café. Tenía todo para hacerlo y, siendo yo apasionada del café, no tuve problemas para prepararlo. ¿Un café antes del sexo? En mi trabajo, no es lo habitual. Mientras lo preparaba, él hablaba solo en lo que parecía una serie de reclamos, y cuanto más hablaba, más aumentaba el tono de su voz. Estaba enojado. Me acerqué con el café en mano y le pregunté si ocurría algo. Él solo recibió la taza con ansiedad y continuó reclamando en voz baja al viento. Me senté a su lado, esperando alguna nueva indicación. Solo siguió el silencio. Su mirada permanecía fija en un cuadro viejo mal colgado que estaba en la pared.



Isabela Encinas

Transcurrieron más de veinte minutos. Yo, encantada, porque igual cobraba. Pensé que era mi día de suerte, ganar solo por escuchar. Finalmente, sucedió. Me miró directamente a los ojos y me preguntó si quería bailar, le dije que sí. Tomar café, escuchar, bailar y que me paguen por ello, era inmejorable.

La música era cálida, como la que se usa para conquistar poco a poco. Me tomó de la cintura, colocó su mejilla contra la mía y bailamos como si nos conociéramos de toda la vida. El ritmo era fascinante. Deseaba que ese momento nunca terminara. Me hizo bailar, volar y hasta creer. Me sentí segura, protegida, como si nada pudiera sucederme. Mi alma se encontraba en el momento más intenso de la noche, cuando me susurró al oído:

—¿Por qué lo hiciste?

Me detuve bruscamente, intenté encontrar su mirada. No me lo permitió. Me sujetó con mayor fuerza de la cintura y pegó aún más su mejilla contra la mía, asegurándose de que yo escuchara cada palabra.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Creíste que nunca lo sabría? Yo te amo, Natalia. Eres mi Natalia y solo mía. Aquí estaremos juntos para siempre, es nuestro destino.

En ese momento lo aparté para encontrarme con su mirada y gritarle que yo no era Natalia. No le importó. Solo sentí un golpe en la cara con todo el coraje que un puño de hombre puede tener. No sé cuántas veces lo hizo. No sabía si estaba soñando o era real. Cuando pude recuperarme y medio entender lo que pasaba, lo empujé con todas mis fuerzas. Él tropezó con la alfombra y cayó de espaldas, golpeándose con el peso completo de su cuerpo, la nuca contra el filo de un mueble viejo de acero. Todo se derrumbó: el café, la lámpara y hasta el cuadro mal colgado que no resistió el impacto. Se quedó tirado y, en mi coraje, lo seguí golpeando hasta que me percaté de que ya no respondía. Hacía unos segundos quería matarlo y ahora no sabía cómo revivirlo.

Él se lo buscó. Así tenía que ser. Solo anhelo que este cuarto no tenga memoria, no tenga voz y olvide que algún día estuve aquí. Por un momento sentí pena, pero enseguida me invadió un profundo coraje, el mismo que utilicé para extraer de su cartera el precio pactado por esa noche. Así lo tomé, ni un peso más. Inmediatamente salí de la habitación, cerré la puerta y me dirigí al bar de la planta baja.

Mi amigo el cantinero me saludó, como cada vez que nos vemos, con mucha efusividad y, sin cuestionar, sirvió mi bebida favorita. Me notó muy alterada y entonces sí preguntó:

—¿Qué otra cosa puedo hacer por ti? ¿Qué te puedo regalar?

Le pedí que me regalara su tiempo, que a todos dijera que estuve con él durante los últimos cuarenta minutos de su vida. Él se sorprendió, clavó su mirada en la mía; nunca le habían pedido un regalo así. No preguntó, solo esbozó una sonrisa, afirmando con ello que accedería a mi solicitud.

Esa noche, sin saberlo, salvé a Natalia; y en realidad fue ella quien lo mató.



Isabela Encinas

¡Revista *Por Escrito* te
invita a su nuevo taller!



◀──▶

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

◀──▶

Para más información escríbenos:



CONTACTO@PORESCRITO.COM



¿QUIERES PUBLICAR?

ENVÍANOS TU PRODUCCIÓN

EN PROSA, VERSO O MATERIAL VISUAL
EN BLANCO Y NEGRO

consulta las bases en
www.porescrito.org/convocatorias

Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje

Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (i)
Andrea Fischer
Fernando Montoya

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Itzayana San Germán Ceceña
itza@porescrito.org

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada

Mientras camino,
Gibrany Jazzmeleth Becerril Saenz

Radio

Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy

Producción del Programa de Radio

Isis Ayled González Martínez
Diego Valdez Morales
Luis Rodrigo Martínez Insfrán

Cuarto de Guerra

Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital

www.porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 7378 8336



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. **Pretextos Literarios Por Escrito** es una revista bimestral. Número cincuenta y cuatro. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Febrero-Marzo de 2025.**



También estamos en:



55 7378 8336



porescritomx



@PorEscrito_



revistaporescrito



Revista Por Escrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac – Código Libre – Radio C
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

“Yo nunca huí del amor, lo supiste; me precipité siempre a ciegas en sus aguas; lo apuré con una sed inmensa jamás saciada: buscaba mi paraíso. Y en ese empeño agoté la vida. Los relámpagos desgarran el cielo y destruyen su azul, presagian las tempestades; así rasgué mi alma, mi fantasía siempre equivocada”

**La carta,
Ámparo Dávila**



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir